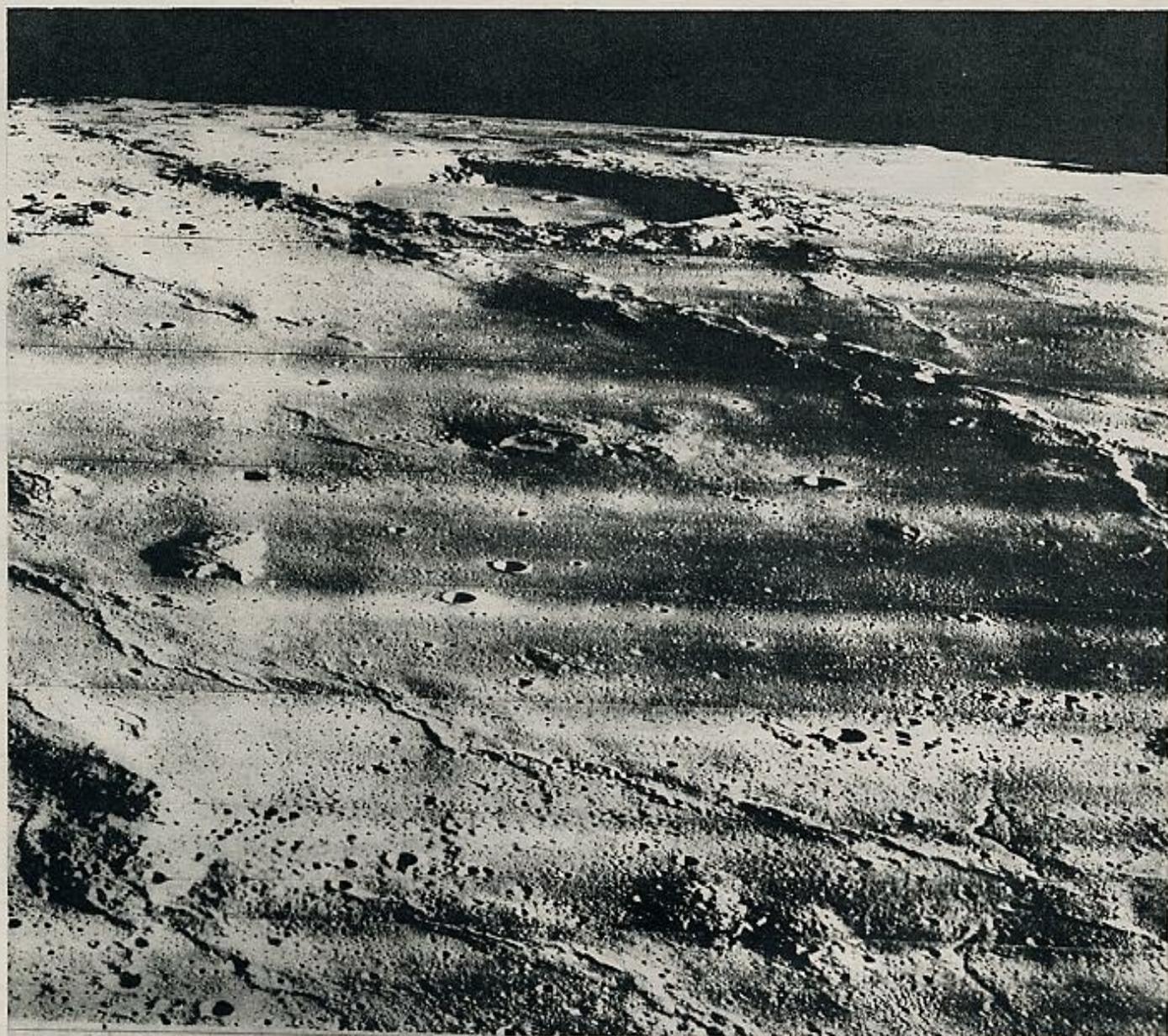
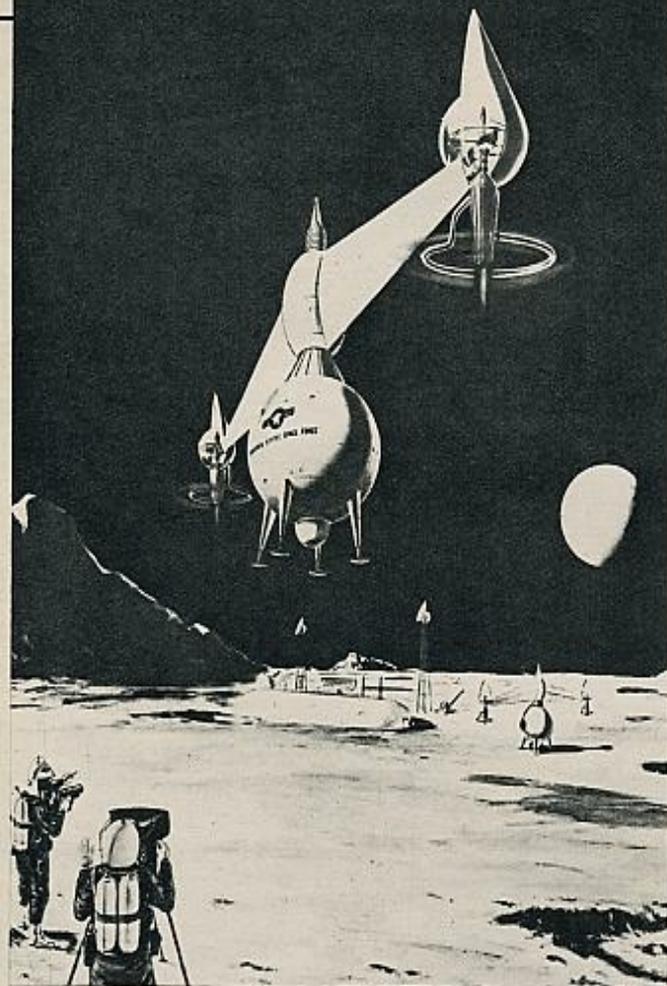


PAZ EN LA LUNA



TIENE un cierto relieve irónico el hecho de que tres potencias atómicas —Estados Unidos, URSS y Gran Bretaña—, seguidas por un número de países secundarios, hayan firmado un acuerdo para establecer la paz en la Luna al mismo tiempo que aumentan sus preparativos de guerra en la Tierra. Irónico y más bien triste. Estados Unidos acaba de emitir —falta aún de la aprobación del Congreso— el presupuesto militar más elevado de su historia —con excepción de los últimos de la II Guerra Mundial—; la URSS ha aumentado notablemente el suyo. Las

conversaciones de desarme de Ginebra languidecen. Dos naciones atómicas —Francia y China— se consideran al margen de cualquier acuerdo de prohibición de armas atómicas. Otros países preparan activamente sus bombas. Alemania Federal realiza toda clase de esfuerzos para afilar sus dientes agresivos. La guerra del Vietnam amenaza continuamente por desbordarse de unos límites geográficos difícilmente mantenidos. La OTAN y el Pacto de Varsovia realizan maniobras militares. Y, sin embargo, en el Palacio Spiridonovka de Moscú se firma la paz lunar.



USA, URSS y Gran Bretaña han acordado no instalar bases militares en la Luna. Al mismo tiempo que se quiere establecer la paz en nuestro satélite, se aumentan los preparativos para la guerra en la Tierra: los presupuestos suben. Arriba, un teórico proyecto de vehículo lunar militar de Norteamérica.

Naturalmente, la óptica justa para considerar la situación no es estrictamente ésta. El alcance de los nuevos acuerdos de Moscú está dirigido, precisamente, a asegurar la paz en la Tierra, aunque sea en un emplazamiento temporal lejano. La idea de que las instalaciones que puedan hacerse en la Luna no sean militares y puedan ser inspeccionadas por otros países, el acuerdo de que no haya en órbita objetos con armas ABC (atómicas, biológicas o químicas: «chemical» en inglés), está destinado a garantizar que la Tierra no puede ser atacada desde el espacio exterior. Se dice que es un principio de otros acuerdos más importantes, o más inmediatos. Se dice que entre Estados Unidos y la URSS va a firmarse un pacto, actualmente en estudio avanzado, por el cual se ha de prohibir la difusión de armas atómicas, y que poco a poco se seguirán realizando acuerdos más concretos.

Lo que inquieta, principalmente, es que se esté siguiendo el camino inverso. Cualquier estudio lógico de la situación requeriría que la serie de acuerdos comenzase por un alto el fuego en el Vietnam, por la atracción de China hacia el campo de la integración en el pacifismo, por la suspensión de pequeños conflictos locales, por el desarme en la guerra psicológica; poco a poco se iría así estableciendo un clima de paz en el que, después, se podría llegar a la neutralización del espacio exterior. ¿Por qué se ha elegido el camino inverso? En primer lugar, porque es posible. La conquista de la Luna y del espacio es algo aún tan lejano —el trágico accidente de fin de mes en Cabo Kennedy nos ha venido a ilustrar sobre las dificultades técnicas que existen aún— que todavía no puede suscitar luchas de intereses. En segundo lugar, la firma del tratado de paz espacial evita enormes gastos presupuestarios, que podrán así emplearse para la guerra inmediata. La insistencia de los Estados Unidos en conseguir un acuerdo con la URSS para limitar o anular la instalación de redes defensivas de «cohetes anticohetes» tiene el mismo propósito de evitar una enorme inversión presupuestaria, cuando el dinero es necesario para proseguir la guerra en el Vietnam.

Por EDUARDO HARO TEGLEN

Finalmente, no es posible estar seguro de que el plan de paz espacial vaya a ser cumplido precisamente en el momento en que haga falta. Cuando se ve con qué facilidad quedan incumplidos los acuerdos de Ginebra de 1954 para la neutralización del Vietnam y la celebración de elecciones generales, y cómo una gran superpotencia apoya con un ejército expedicionario a quienes incumplieron este acuerdo, no se puede dejar de pensar que el tratado lunar es algo con escasas garantías. Supongamos que en la Luna se descubre uranio, o se descubre oro, o cualquier clase de fuente de riqueza y poder. ¿Quién impedirá, agitando el acuerdo de Moscú, que se convierta en un objeto de lucha?

Continuando el análisis pesimista de la circunstancia, podemos pensar que es muy difícil que se desmilitarice la exploración espacial. Hasta ahora en las dos grandes potencias, y en las que han intentado la exploración espacial con menos éxito, la cuestión está en manos de organismos militares, y son militares los astronautas que hasta ahora han salido del espacio terrestre. El mismo origen de la investigación espacial está en un hecho de guerra: las armas «V» alemanas, creadas por Von Braun, que sirvieron para bombardear ferocemente Londres. Sea cual sea el alcance del acuerdo actual, los militares soviéticos y los militares norteamericanos, con sus organismos paralelos, serán los que continúen realizando toda clase de experiencias espaciales; y puede darse por descontado que, sea cual sea el primer país que llegue a la Luna, puede predecirse que si primer hombre que pise el suelo de nuestro satélite será un coronel.

Algunos técnicos militares habían supuesto ya que la próxima guerra sería exclusivamente espacial. Y lo habían supuesto con optimismo. Es decir, creían que un choque armado en el espacio evitaría que los daños se produjeran en la Tierra. Es la tesis de Golovine —director de la «Aerospace Technical Services», de Estados Unidos— para quien la guerra futura debía ser, como en la Edad Media, cuestión de una «élite» militar, de unos cuantos hombres que luchando entre sí decidieran la victoria, mientras «la gran masa de la población se limitará a ser testigo impotente de una lucha en la que se juega su destino» («Conflict in space»). Golovine creía que «la próxima guerra se convertirá en una contienda científica, en la que ambos competidores demostrarán su poderío sin atacar directamente los territorios de sus respectivos países. El vencedor conquistará la hegemonía mundial y por medio de un cambio político transformará al vencido para adaptarlo a su propia ideología que se extenderá entonces a toda la Tierra. No es imposible que, a pesar del acuerdo de Moscú del 27 de enero, esta profecía vaya a cumplirse. Cabe pensar que la próxima guerra, si se produce, se hará en un momento en que el vencido «sepa» que va a ser vencido —porque conozca el desarrollo de las armas ofensivas de su adversario— y se entregue voluntariamente sin hacer más movimientos militares. Pero esto, por el momento, no es más que una utopía.

Mientras se establece la lejana paz futura en la Luna —«¡Tan largo me lo fiáis!»—, escribiría Tirso de Molina— nos vamos viendo incluidos en lo que «Le Monde» llama —editorial del 25 de enero— la «dinámica de la guerra», reflejada en el aumento de presupuestos militares. «Ocurre que los Estados Unidos, que habían comenzado la guerra del Vietnam con un ejército bastante importante, saldrán de ella con un superejército dispuesto —o creyendo estar dispuesto— para todas las formas de combate en todas las latitudes, y que se equipa y se organiza en consecuencia a un ritmo muy distinto de lo que hubiera sido sin el engranaje —y el campo de maniobras— del Vietnam». La existencia de este superejército incita a otras potencias a aumentar el suyo para mantener el equilibrio. Aunque la guerra no se produzca, este desfase de las previsiones militares hace que la paz en la Tierra —que es muy cara— se vea reducida y dificultada.

El acuerdo de paz espacial de Moscú no puede aún considerarse, más que como un síntoma, como una posibilidad de que las dos superpotencias, y quienes las siguen de cerca, continúen en el camino de la coexistencia. Pero los pactos, los acuerdos, las negociaciones que hacen falta no son las que se hacen especulando hacia riesgos futuros, sino las que pueden traer paz aquí y ahora. Cualquier acuerdo comercial o cultural entre los dos bloques, de aplicación inmediata, tiene más repercusión en la posibilidad de paz en la Tierra que este acuerdo para la paz espacial que, aun siendo aceptable y deseable, no deja de ser hipócrita e inconcluyente.